

El recuerdo de lo arcaico

*Guillermo Bodner*¹

Resumen

En este trabajo, se exploran algunos significados de las experiencias arcaicas en la formación de la subjetividad. El autor sugiere que los aspectos sensoriales de la relación con el objeto, pueden permanecer encapsulados como áreas no diferenciadas cuya movilización despierta ansiedades de tipo catastrófico. Se describe el material clínico de un paciente en análisis, cuyas defensas obsesivas funcionan como contacto sensorial que evita la separación del objeto.

Summary

In this paper, some meaning of the archaic experiences in the formation of the subjectivity are explored. The author suggests that the sensory features of the object relationship, could remain encapsulated as indifferentiated areas, whose mobilization arise catastrophic anxieties. The clinical material of a patient in analysis, shows the way in which the obsessional defences act as a sensorial contact that prevent de separation from the object.

Descriptor: MEMORIA / SIMBOLIZACIÓN / CONSTRUCCIÓN /
MATERIAL CLÍNICO /

Descriptor propuesto: LO ARCAICO

¹. Miembro T. de la Sociedad Española de Psicoanálisis
Josep Irla i Bosch, 2, 7-2 08034 Barcelona, tel 34 93 205 0476; e-mail: argui@intercom.es

En este trabajo quisiera comentar una forma de desarrollo de la simbolización, el sueño y la memoria a partir de la movilización de sistemas defensivos muy rígidos. En la viñeta clínica que comentaré, el material que surge como una construcción del análisis, abre el camino de recuerdos infantiles y a cambios progresivos del dinamismo psíquico. Esta manifestación clínica sugiere la existencia de elementos arcaicos escindidos que operan sobre una compleja organización defensiva.

El adjetivo “arcaico” que alude a lo antiguo, ha tenido diversas acepciones en psicoanálisis, pero el significado de la palabra griega *arkhé*, denota el comienzo, lo primero y lo que rige, así como una forma de mencionar *aquello que siempre ya está*. (Martínez Marzoa, F., 1995). Subrayo esta última acepción, “lo que siempre ya está” para enfatizar algo con lo que debemos contar siempre y no tanto las connotaciones genéticas o causales, que me parecen más discutibles.

Diferentes vertientes de lo arcaico

Excede las pretensiones de estas notas indagar el concepto de lo arcaico en la literatura psicoanalítica, pero como señalan Laplanche y Pontalis (1971), Freud se esforzó en descubrir “acontecimientos arcaicos reales, capaces de suministrar el último fundamento de los síntomas neuróticos” y especialmente la universalidad del conflicto edípico. Como señalan estos autores, en el concepto de “fantasma originario” que se asocia a lo arcaico, confluye la necesidad de encontrar la ‘roca’ del acontecimiento (...) y la preocupación por basar la estructura del fantasma sobre algo distinto del acontecimiento. Tal preocupación puede llevar a Freud incluso a afirmar la preponderancia de la estructura presubjetiva sobre la experiencia individual” (pág. 149).

En “Moisés y la religión monoteísta” (1939) uno de sus últimos ensayos, Freud continúa investigando aquellos aspectos del acontecer histórico que dejan huellas significativas en el desarrollo de la personalidad. Allí, Freud establece diferencias entre el “acontecer histórico”, que es la historia real y objetiva, la “historia conjetural” que se reconstruye llenando lagunas gracias a un razonamiento, y la “historia vivencial”, que experimenta cada sujeto individual. En esta obra, se insinúan dos modelos para la explicación de lo arcaico: por un lado, la historia de las tradiciones y la figura de Moisés en la transmisión del monoteísmo y por otro un conjunto de observaciones que

ubicarían lo arcaico, no sólo en la prehistoria social, sino en los inicios de la vida psíquica de cada sujeto.

En este ensayo llama traumas “a esas impresiones de temprana vivencia, olvidadas luego, a las cuales atribuimos tan grande significatividad para la etiología de las neurosis”, aunque reconoce que “no en todos los casos se puede poner de relieve un trauma manifiesto en la historia primordial del individuo neurótico” (pág. 70). Más adelante, describe los traumas como “vivencias en el cuerpo propio o bien *percepciones sensoriales* (cursivas mías) las más de las veces de lo visto y oído, vale decir, vivencias o impresiones” (pág. 72).

En polémica con Jung, escribe: “es un disparate afirmar que uno practica psicoanálisis cuando no toma en cuenta justamente estas épocas primordiales y las excluye de la investigación, como muchos hacen. Las impresiones del período en que se inicia la capacidad del lenguaje se destacan como de particular interés; aunque “no se puede establecer con certeza el momento, a partir del nacimiento, en que se inicia este período de receptividad” (pág. 71).

Hay que admitirlo, advierte: “este panorama histórico conjetural es lagunoso y en muchos puntos incierto. Pero quien pretendiera declarar puramente fantástica nuestra construcción del acontecer histórico primordial, incurriría en una enojosa subestimación de la riqueza y la fuerza probatoria del material que la integra” (pág. 81). Más adelante habla de las verdades histórico vivenciales, que se sustraen por el aislamiento, pero “si suponemos la existencia de tales huellas mnémicas en la *herencia arcaica*, habremos tendido un puente sobre el abismo entre la psicología individual y de las masas” (pág. 96). Creo que este debate abierto en el propio texto de Freud, incluidas las ambigüedades y vacilaciones, permiten manejar diferentes hipótesis sobre lo que entendemos por “presubjetivo” o arcaico, como señalaban Laplanche y Pontalis.

En “Construcciones” Freud (1937) nos dice que “es lícito poner en duda que una formación psíquica cualquiera pueda sufrir realmente una destrucción total” (pág. 262). Más adelante, a propósito del delirio, señala que “contiene un fragmento de verdad histórico-vivencial” y que “se hallaría en el reconocimiento de ese núcleo de verdad un suelo común sobre el cual pudiera desarrollarse el trabajo terapéutico”, porque “el traslado de la prehistoria olvidada al presente o a la expectativa de futuro es un suceso regular también en el neurótico” (pág. 269).

Esta “historia vivencial” ocurre en cada sujeto, en su cuerpo, en sus sensaciones, en paralelo con la constitución del psiquismo y la subjetividad, allí donde los estratos más primitivos de la vida psíquica “se hacen semiótica, desde el gesto y el grito hasta el juego y la palabra” (P. Folch, 1991). Considero que a esta doble vertiente de lo arcaico, lo filogenético y lo ontogenético, se le debe añadir un tercer componente que es el proceso permanente de subjetivación que deriva de hacer consciente lo inconsciente, del levantamiento de las represiones, de la integración de lo escindido.

Creo que la comprensión de lo arcaico como “el señuelo de la búsqueda de lo real” como “ilusión de un origen que se imaginariza como aquello que de ser hallado (...) haría transparente lo enigmático y conduciría a todas las respuestas” (Casas de Pereda, M., 1999, pág. 166) enfatiza uno de los sentidos señalados por Freud. Pero también puede aplicarse a la “realidad sensorial”, como matriz de lo fantasmático.

Me interesa, por sus implicaciones clínicas y teóricas, abordar lo arcaico en la historia vivencial del sujeto, no desvinculado de la sexualidad y la estructuración edípica, sino como parte de su condicionamiento primordial. Los estudios de J. Corominas, sobre el papel de la sensorialidad en niños autistas o postautistas, desarrollan las investigaciones de Klein, Bion, Meltzer, Bick y Tustin y se basa en la psicopatología del proceso que parte de la indiferenciación self-objeto. Corresponde “a la percepción vacilante del objeto por un lado y de uno mismo por el otro, que se realiza de forma continua en el transcurso de la evolución de la relación de objeto” (Corominas, J. 1991).

La posición esquizo-paranoide que describe Klein, como primer tipo de relación de objeto, ya implica un cierto reconocimiento, porque para ser escindido, el objeto debe tener alguna forma de existencia para el sujeto incipiente. Este sujeto debe disponer de una capacidad de oposición y de dependencia, que en algunos casos sólo se da en un grado mínimo, cuando más que una respuesta al objeto, lo que ocurre es sólo una reacción a las sensaciones, sin diferenciar entre éstas y el objeto. Correspondería a la descripción de S. Isaacs (1943) de las primeras fantasías como experiencias sensoriales.

Es decir, que la noción subjetiva de relación con el objeto aparece coexistiendo con la indiferenciación, lo que da lugar a la percepción vacilante del objeto antes mencionada. La diferenciación entre sensación y objeto, que da paso a la escisión paranoide y abre el camino hacia la posición depresiva, podría desarrollarse manteniendo núcleos encapsulados de vivencias de indiferenciación.

Si evitamos llamar arcaico, a lo genéticamente primero y enfatizamos “lo que siempre ya está”, aquello con lo que ineludiblemente debemos contar, podemos pensar que un aspecto de lo arcaico, está vinculado con lo sensorial. Sería el objeto no diferenciado de sus impresiones sensoriales, en un estadio en el cual no son posibles estructuralmente las proyecciones y las introyecciones. La diferenciación self-objeto, la construcción psicológica del objeto diferenciado de su matriz sensorial, objeto con espacio interior, es un requisito para la puesta en marcha de la proyección y la introyección.

Esta hipótesis tiene su fundamento clínico en el tipo de ansiedad que surge al activarse este proceso. Me refiero a unas ansiedades que no tienen las características de las paranoides, depresivas o confusionales, sino una cualidad catastrófica. Bion consideraba que estas ansiedades tenían que ver con un cambio que es vivido con una violencia especial debido a una transformación que no se vincula con el saber acerca de sí mismo, sino con cambios en el ser.

La memoria y el objeto

Cuando M. Klein describía la relación del bebé con el pecho, insistía en la idea de que esa experiencia es sentida por el niño de manera mucho más primitiva de lo que puede expresar el lenguaje. En una nota a pie de página señala que “cuando esas emociones y fantasías preverbales son revividas en la situación transferencial, ellas aparecen como ‘recuerdos en sentimientos’, como las llamaría, que se reconstruyen y ponen en palabras con la ayuda del analista” (M. Klein, 1957).

Así como los sentimientos (o sus defensas) son constitutivos de la capacidad de recordar, también la vertiente sensorial de la experiencia (o sus respectivas defensas) pueden revivirse en la transferencia para ser reconstruida con la ayuda de la palabra del analista. Bion (1992, pág. 47) considera que “la simbolización del sueño y el trabajo del sueño es lo que hace posible la memoria”. Según este autor, la memoria depende de alfa, es decir de la relación con un objeto que hace posible convertir las ansiedades en algo adecuado para su almacenamiento, el sueño, la memoria y el pensamiento.

Este objeto real, permite la introyección de un objeto y su función, cuando la separación y diferenciación de su soporte externo ha evolucionado de manera satisfactoria. “Debe notarse que hago una distinción entre alfa que es esencial para la atención, almacenamiento de la memoria, pensamiento, posiciones, conciencia añadida

a los órganos de los sentidos, notación, pasaje al juicio, descarga motora, (...) y el uso al que se someten estas formas desarrolladas de pensamiento, particularmente “en la evitación de la frustración o evasión de la frustración” (Bion, W.R, 1992, pág. 54).

Considero que en algunos casos los mecanismos neuróticos están al servicio de evitar o evadir la frustración que supone la conciencia de separación y diferenciación del objeto. Cuando se movilizan estas defensas neuróticas, como el control obsesivo en el caso que presento, aparecen ansiedades catastróficas que permanecían encapsuladas por la organización patológica.

Material clínico

Se trata de un hombre de 30 años que acude al análisis para intentar aclarar las dudas con las que vive. Tiene una formación universitaria en informática y a pesar de las buenas posibilidades laborales no puede decidir qué camino tomar. Tampoco puede estabilizar su vida afectiva porque no acaba de encontrar la compañera ideal como para convivir y tener hijos. Explica con claridad las razones de sus dudas, sin ansiedad y con una marcada tendencia a intelectualizar los problemas. Aunque es el mayor de cuatro hermanos, no tenía recuerdos de la infancia ni de sus relaciones con la familia; sólo algunos reproches a sus padres por su talante conservador y poco comprensivo.

Si bien no le sorprendió mi propuesta de un análisis de cuatro sesiones a la semana, fue muy difícil encontrar las horas convenientes. Cualquier cambio en su agenda establecida, parecía un obstáculo imposible de superar. Cuando pudimos concertar las horas y comenzamos el análisis sentía la necesidad de explicarme cómo coordinaba los diferentes medios de transporte para llegar a la sesión, los tiempos de desplazamiento, de espera, los lugares de aparcamiento cercanos, infinitos detalles con los que consumía buena parte del tiempo. Deseaba comenzar las sesiones en el punto en que había acabado la anterior, pero no lograba recordarlo.

Este modo de llenar la sesión lo mantenía libre de ansiedad aparente; en cambio, cuando olvidaba algo como unas llaves, el dinero de los honorarios, o había calculado mal el tiempo del trayecto su inquietud se hacía manifiesta. No era consciente de tales procedimientos y cuando yo se los señalaba, se sentía sorprendido y no entendía el sentido de lo que le decía. Mi sensación era que estos razonamientos formaban una coraza protectora tan sólida que el análisis corría el riesgo de convertirse en un atasco más de su vida, como el trabajo o sus relaciones afectivas.

Durante un par de sesiones pude mostrarle su necesidad de llenar todo el tiempo con explicaciones y razonamientos, pero él vivió mis señalamientos con desconcierto e inquietud. Sentía que yo le criticaba, que le decía que lo hacía mal, que ese no era el modo de analizarse y se justificaba diciendo que hacía lo mejor que podía. El miércoles, tercera sesión de la semana, llegó muy alterado, agitado, tenso; estaba muy inquieto porque esa noche no había podido dormir, ni estar quieto en la cama; llegó a tomar un hipnótico, pero ni aún así pudo calmarse, y se movió tanto que tuvo calambres musculares.

En el único momento en que pudo dormir tuvo un sueño que le angustió mucho. *Venía a la sesión y subía en un ascensor muy peligroso, que se elevaba a mucha velocidad, pero lo más terrible era que el piso era un cuadrado, inscrito en una circunferencia. Entre el perímetro del cuadrado y el de la circunferencia había unos espacios, que si bien eran pequeños, había una fuerza que le succionaba y le daba pánico porque amenazaba arrastrarle y caer en el vacío.*

Después de explicar el sueño, quedó perplejo y no se le ocurría asociar nada. Yo me preguntaba si había sido demasiado imprudente con mis señalamientos de las sesiones anteriores y me sorprendí pensando si no sería conveniente una consulta psiquiátrica para controlar la ansiedad con psicofármacos.

Entonces le recordé cómo habían sido las sesiones de los días anteriores, en las que habíamos hablado de su necesidad de ocupar todo el tiempo y de que hubiera el mayor contacto entre una sesión y otra. Le dije que al señalarle eso, se había sentido amenazado por mí y que posiblemente este sentimiento tenía que ver con la inquietud y la dificultad de conciliar el sueño.

Mi sensación era de haber facilitado una fisura en sus defensas y que mi señalamiento había sido vivido como una amenaza real. Debo decir que tenía muchas dudas de mi intervención, pensando que podía haber sido inoportuna, porque se dirigía observar un aspecto de su conducta que él consideraba como la mejor manera de colaborar con el análisis.

Después de mi comentario se quedó en silencio, pero muy impresionado. El ambiente de la sesión, se había modificado y de la ansiedad inicial que parecía una continuación de la noche agitada e insomne, pasamos a una preocupación algo más contenida. El ritmo de su respiración se hizo más pausado, su actitud en el diván menos crispada. Añadí entonces, que con lo que estábamos hablando, se había sentido separado

de un contacto muy estrecho, como los bordes del cuadrado con la circunferencia y que esa sensación de separación era una vivencia que le inquietaba. Si yo le llamaba la atención sobre algo que a él le parecía natural, se producía una grieta, se abría una brecha, un espacio peligroso por el que podía caer en el vacío.

Siguió el silencio, pero mucho más calmado. Después de unos minutos, dijo que estaba pensando en algo absurdo que le daba vergüenza comentar. Luego de muchas vacilaciones y recordando que en el análisis “debía decir todo lo que le venía a la cabeza” pudo vencer su pudor y contarme que había *recordado una canción infantil* con la que él se acunaba cuando era niño. Para mi sorpresa, en voz muy baja, cantó unas estrofas de una canción de cuna. Después de un rato de silencio, yo le dije que me hablaba de la soledad de un niño que tiene que mecerse con sus propias canciones.

Se quedó muy sorprendido y comentó que efectivamente no tenía recuerdos de su madre y que era llamativo porque estaba seguro que su madre lo había criado y había estado con él durante su infancia. La falta de recuerdos infantiles, no era ya un dato objetivo de su realidad, sino que pasaba a ser una cuestión de su análisis, ¿qué había pasado con esos recuerdos?

Quisiera concluir esta breve viñeta comentando que las sesiones siguientes fueron más agitadas, más vivas, con quejas más abiertas contra algunos operarios que se metían en su casa y hacían arreglos por encargo de su compañera, sin que él lo hubiera pedido; estaba especialmente indignado con unos electricistas que se empeñaban en colocar unos enchufes en lugares diferentes de los que él había elegido.

Discusión

Hasta ese momento la falta de recuerdos era un dato de su realidad; no constituía un problema ni un conflicto, pero a partir de entonces, se convierte en algo a investigar. Es interesante la forma como se actualiza esta carencia, y cómo surge asociada a su necesidad de aportarse su propia contención, por la falta real o fantaseada de un objeto adecuado. No se pueden tener recuerdos de un objeto que no existe y lo que aparece es su propia canción, como objeto autosensorial que ocupa el lugar de la madre.

Así pude entender algo más de la relación transferencial que se había establecido desde el inicio. Buena parte de las sesiones eran la actuación de una relación arcaica en la que el paciente y el analista son calmados por el efecto sensorial del relato. Mientras revivíamos este vínculo, no aparecían recuerdos ni ansiedades, pero cuando aparece la

diferenciación, la ansiedad toma unas características catastróficas, de hundirse en el vacío, de una grieta terrible en su contacto permanente con el objeto.

Creo que podemos explicar este material, como la actualización de ansiedades más primitivas en la relación de objeto. Es de suponer que la diferenciación del self y el objeto, es un proceso dramático que estimula la aparición de ansiedades de una cualidad distinta de las persecutorias o depresivas. Es el tipo de ansiedad que se ha llamado catastrófica, y sería correspondiente a la diferenciación del objeto. Cuando se está procesando la diferenciación del objeto, se hace posible la proyección en él de la ansiedad para que el objeto ayude a contenerla y elaborarla. Pero mientras esta diferenciación es muy frágil, la vivencia es predominantemente sensorial. Sugiero la hipótesis de que alguna vivencia sensorial muy primitiva subyace en mi paciente y adquiere nivel representacional, en la imagen del suelo del ascensor, un cuadrado que no adhiere a la circunferencia. Entre los dos un vacío que succiona hacia un abismo de catástrofe y ansiedad.

Al poder representar en imágenes oníricas y verbales esta vivencia primordial, la sesión deja de ser rellenada con racionalizaciones defensivas y aparece por primera vez un recuerdo infantil, encapsulado por la vergüenza.

La imagen de dos objetos geométricos cuyos bordes no coinciden y dejan unas grietas por las que se puede hundir en el vacío, está en el camino de simbolizar una experiencia histórico vivencial de mi paciente. Pertenece a su ámbito vivencial, pero no había sido subjetivizado hasta entonces. Cuando siento la necesidad de la ayuda farmacológica, experimento en mi contratransferencia un impulso tranquilizador que me cuestiona. El recuerdo de si mismo, meciéndose con sus propias canciones, me pone sobre la pista de la función predominantemente sensorial de sus relatos pormenorizados en las sesiones. Creo entonces que la vivencia arcaica se ha actualizado, cuando al interpretarle funciona como un objeto distinto. El pequeño material que aparece al final, muestra la aparición de ansiedades paranoides, claramente transferenciales que hasta entonces no se habían manifestado.

El sueño le permite transformar en imágenes una vivencia que había permanecido escindida de su subjetividad; creando la imagen a partir de una ansiedad catastrófica, abre el camino para representar la diferenciación del objeto, la distancia entre los límites, la pérdida del contacto continuo. La interpretación ofrece una hipótesis histórico-conjetural que organiza una laguna del recuerdo; el recuerdo de su canción, hace aparecer el objeto sensorial, marca del objeto ausente sustituido defensivamente

por lo sensorial o no convertido aún en objeto ausente por un déficit en la diferenciación. Aquí no estaríamos ante la prohibición del contacto, sino al uso sensorial de la comunicación como negación de la separación y diferencia.

Bibliografía

CASAS DE PEREDA, M. (1999) En el camino de la simbolización, Ed. Paidós, Bs. Aires.

COROMINAS, J. (1991) Psicopatologia i desenvolupament arcaics, Espax S.A., Barcelona.

FOLCH, P (1991) prólogo a Psicopatologia i desenvolupament arcaics, Espax, SA, Barcelona.

FREUD, S. (1937) Construcciones en el análisis, OC, vol. XXIII, Amorrortu Ed. Bs. Aires, 1976.

FREUD, S. (1939) Freud y la religión monoteísta, OC, vol. XXIII, Amorrortu Ed. Bs. Aires 1976.

ISAACS, S. (1943) Naturaleza y función de la fantasía, en Desarrollos en Psicoanálisis, Ed. Paidós, Bs. Aires 1976.

KLEIN, M. (1957) Envy and gratitude, en The writings of Melanie Klein, Karnac Books London 1993.

LAPLANCHE, J; PONTALIS, J.B. (1971) Diccionario de Psicoanálisis, Ed. Labor, Barcelona.

MARTÍNEZ MARZOA, F. (1995) Historia de la Filosofía Antigua, Ed. Akal, Madrid.